

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicuique suum Non praevalent

Año LIII, número 2 (2.699)

Ciudad del Vaticano

8 de enero de 2021

Educar el corazón
al cuidado de
las personas



Francisco durante el rezo dominical

El deseo en el primer día del año

Un 2021 de paz y de esperanza

El Papa invoca el final de la violencia en Yemen y reza en particular por los niños

El deseo de que el 2021 «sea un año de fraterna solidaridad y de paz para todos; un año cargado de confianza, de esperanza y de esperanzas», fue formulado por el Papa en el Ángelus recitado a medio día del viernes 1 de enero en el Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano, sin la presencia de fieles a causa del Covid-19.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y feliz año!

Empezamos el nuevo año poniéndonos bajo la mirada materna y amorosa de María Santísima, que la liturgia hoy celebra como Madre de Dios. Retomamos así el camino a

lo largo de las sendas del tiempo, encomendando nuestros angustias y nuestros tormentos a Aquella que todo lo puede. María nos mira con ternura materna así como miraba a su Hijo Jesús. Y si nosotros miramos al pesebre [se gira hacia el pesebre colocado en la sala], vemos que Jesús no está en la cuna, y me dicen que la Virgen ha dicho: «¿Me dejan tener en brazos un poco a este hijo mío?». Y así hace la Virgen con nosotros: quiere tenernos entre los brazos, para cuidarnos como ha cuidado y amado a su Hijo. La mirada tranquilizadora y consoladora

de la Santísima Virgen es un estímulo para que este tiempo, que nos ha dado el Señor, sea dedicado a nuestro crecimiento humano y espiritual, sea tiempo de suavizar los odios y las divisiones — hay muchas— sea tiempo de sentirnos todos más hermanos, sea tiempo de construir y no de destruir, cuidándonos unos a otros y de la creación. Un tiempo para hacer crecer, un tiempo de paz.

Es precisamente al cuidado del prójimo y de la creación que está dedicado el tema de la Jornada Mundial de la Paz, que hoy celebramos: La cultura del cuidado como ca-



mino de paz. Los dolorosos eventos que han marcado el camino de la humanidad el año pasado, especialmente la pandemia, nos enseñan lo necesario que es interesarse por los problemas de los otros y compartir sus preocupaciones.

Esta actitud representa el camino que conduce a la paz, porque favorece la construcción de una sociedad fundada en las relaciones de fraternidad. Cada uno de nosotros, hombres y mujeres de este tiempo, está llamado a

traer la paz: cada uno de nosotros, no somos indiferentes a esto. Nosotros estamos todos llamados a traer la paz y a traerla cada día y en cada ambiente de vida, sosteniendo la mano al hermano que necesita una palabra de consuelo, un gesto de ternura, una ayuda solidaria. Y esto para nosotros es una tarea dada por Dios. El Señor nos ha dado la tarea de ser trabajadores de paz.

Y la paz se puede construir si empezamos a estar en paz con nosotros mismos —en paz dentro, en el corazón— y con quien tenemos cerca, quitando los obstáculos que nos impiden cuidar de quienes se encuentran en necesidad y en la indigencia. Se trata de desarrollar una mentalidad y una cultura del “cuidado”, para derrotar la indiferencia, para derrotar el descarte y la rivalidad —indiferencia, descarte, rivalidad—, que lamentablemente prevalecen. Quitar estas actitudes. Y así la paz no es solo ausencia de guerra. La paz nunca es aséptica, no, no existe la paz del quirófano. La paz está en la vida: no es solo ausencia de guerra, sino que es vida rica de sentido, configurada y vivida en la realización personal y en el compartir fraterno con los otros. Entonces esa paz tan ansiada y puesta siempre en peligro por la violencia, el egoísmo y la maldad, esa paz puesta en peligro se convierte en posible y realizable si yo la tomo como tarea que me ha dado Dios.

La Virgen María, que ha dado a luz al «Príncipe de paz» (Is 9,6), y que lo acuna así, con tanta ternura, entre sus brazos, nos obtenga del Cielo el bien precioso de la paz, que con tan solo las fuerzas humanas no se logra perseguir en plenitud. Solamente las fuerzas humanas no bastan, porque la paz es sobre todo don, un don de Dios; debe ser implorada con incesante oración, sostenida con un diálogo paciente y respetuoso, construida con una colaboración abierta a la verdad y a la justicia y siempre atenta a las legítimas aspiraciones de las personas y de los pueblos. Mi deseo es que reine la paz en el corazón de los hombres y en las familias; en los lugares de trabajo y de ocio; en las comunidades y en las naciones. En las familias, en el trabajo, en las naciones: paz, paz. Y ahora pensemos que la vida hoy está organizada por las guerras, las enemistades, tantas cosas que destruyen... Queremos paz. Y esta es un don.

En el umbral de este comienzo, dirijo a todos mi cordial deseo de un feliz y sereno 2021. Cada uno de nosotros trate de hacer que sea un año de fraterna solidaridad y de paz para todos; un año cargado de confianza, de esperanza, que encomenda-

En el Ángelus el Papa renueva la invitación a dedicar el 2021 al cuidado de los otros y de la creación

La audacia de un Dios que se ha hecho fragilidad

La audacia de un Dios que «se hizo carne para decirnos que nos ama precisamente en nuestras fragilidades» fue subrayada por el Papa en el Ángelus recitado a medio día del 3 de enero en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano, todavía sin la presencia de fieles a causa de la pandemia. Comentando como es habitual el Evangelio del domingo, Francisco se detuvo en el prólogo de

Juan.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este segundo domingo después de Navidad, la Palabra de Dios no nos presenta un episodio de la vida de Jesús, sino que nos habla de Él antes de que naciera. Nos retrotrae para revelar algo sobre Jesús antes de que viniera entre nosotros. Lo hace sobre todo en el prólogo del Evangelio de Juan, que comienza: «En el principio era el Verbo» (Jn 1,1). En el principio: son las primeras palabras de la Biblia, las mismas con las que comienza el relato de la creación: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gn 1,1). Hoy el Evangelio dice que Aquel que hemos contemplado en su Natividad, como niño, Jesús, existía antes: antes del comienzo de las cosas, antes del universo, antes de todo. Él está antes del espacio y el tiempo. «En Él estaba la vida» (Jn 1,4) antes de que apareciera la vida.

San Juan lo llama Verbo es decir, Palabra. ¿Qué quiere decirnos? La Palabra sirve para comunicar: no se habla solo, se habla con alguien. Siempre se habla con alguien. Cuando vemos por la calle gente que habla sola, decimos: «A esta persona le pasa algo». No: nosotros hablamos siempre con alguien. Así pues, el hecho de que Jesús sea desde el principio la Palabra significa que desde el principio Dios se quiere comunicar con nosotros, quiere hablarnos. El Hijo unigénito del Padre (cf. v. 14) quiere decirnos la belleza de ser hijos de Dios; es «la luz verdadera» (v. 9) y quiere alejarnos de las tinieblas del mal; es «la vida» (v. 4) que conoce nuestras vidas y quiere decirnos que las ama desde siempre.

Nos ama a todos. Este es el mensaje maravilloso de hoy: Jesús es la Palabra, la Palabra eterna de Dios, que desde siempre piensa en nosotros y desea comunicarnos con nosotros.

Y para hacerlo, fue más allá de las palabras. En efecto, el núcleo del Evangelio de hoy nos dice que la Palabra «se hizo carne y habitó entre nosotros» (v. 14). Se hizo carne: ¿por qué San Juan usa esta expresión, “carne”? ¿No podría haber dicho, de una manera más elegante, que se hizo hombre? No, usa la palabra carne porque indica nuestra condición humana en toda su debilidad, en toda su fragilidad. Nos dice que Dios se hizo fragilidad para tocar de cerca nuestras fragilidades. Por lo tanto, desde el momento en que el Señor se hizo carne, nada en nuestra vida le es ajeno. No hay nada que Él desdeñe; podemos compartir todo con Él, todo. Querido hermano, querida hermana, Dios se hizo carne para decirnos, decirte que te ama precisamente allí, en nuestras fragilidades, en tus fragilidades; precisamente allí donde nosotros más nos avergonzamos, donde más te avergüenzas. Es audaz: la decisión de Dios es audaz: se hizo carne precisamente allí, donde nosotros tantas veces nos avergonzamos; entra en nuestra vergüenza para hacerse hermano nuestro, para compartir el camino de la vida.

Se hizo carne y no se volvió atrás. No asumió nuestra humanidad como un vestido, que se pone y se quita. No, nunca se separó de nuestra carne. Y jamás se separará de ella: ahora y por siempre está en el cielo con su cuerpo de carne humana. Se unió para siempre a nuestra humanidad; podríamos decir

que la “desposó”. A mí me gusta pensar que cuando el Señor le reza al Padre por nosotros, no le habla solamente: le enseña las heridas de la carne, le enseña las llagas que ha sufrido por nosotros. Y este es Jesús: con su carne es el intercesor, quiso llevar también las señales del sufrimiento. Jesús, con su carne, está ante el Padre. El Evangelio dice, en efecto, que vino a habitar entre nosotros. No vino de visita y luego se fue, vino a habitar con nosotros, a estar con nosotros. ¿Qué desea entonces de nosotros? Desea una gran intimidad. Quiere que compartamos con Él alegrías y penas, deseos y temores, esperanzas y tristezas, personas y situaciones. Hagámonos con confianza, abrámosle nuestro corazón, contémosle todo. Detengámonos en silencio ante el belén para saborear la ternura de Dios que se hizo cercano, que se hizo carne. Y sin miedo, invitémosle a nuestra casa, a nuestra familia, y también —cada uno las conoce bien— invitémosle a nuestras fragilidades. Invitémosle a que vea nuestras llagas. Vendrá y la vida cambiará. La Santa Madre de Dios, en quien el Verbo se hizo carne, nos ayude a acoger a Jesús, que llama a la puerta del corazón para vivir con nosotros.

Al finalizar la oración mariana, el Papa exhortó a los cristianos a huir «mentalidad fatalista o mágica» y confió la propia amargura por algunos sucesos que testimonian la voluntad «vivir de forma hedonista, es decir, buscando sólo satisfacer el propio placer». Finalmente dirigió un saludo particular «empiezan el año nuevo con mayores dificultades» —enfermos, desempleados y quien se encuentra en situaciones de opresión o explotación— y a las familias, especialmente «en las que hay niños pequeños o que esperan un nacimiento».

Queridos hermanos y hermanas, os renuevo a todos mis buenos deseos para el año que acaba de empezar. Co-

mo cristianos huyamos de la mentalidad fatalista o mágica: sabemos que las cosas mejorarán en la medida en que, con la ayuda de Dios, trabajemos juntos por el bien común, poniendo en el centro a los más débiles y desfavorecidos. No sabemos lo que nos traerá el 2021, pero lo que cada uno de nosotros y todos juntos podemos hacer es esforzarnos un poco más en cuidarnos los unos a los otros y a la creación, nuestra casa común. Es verdad, existe la tentación de ocuparse sólo de los propios intereses, de seguir haciendo la guerra, por ejemplo, de concentrarse sólo en el perfil económico, de vivir de forma hedonista, es decir, buscando sólo satisfacer el propio placer... Existe, esa tentación. He leído en los periódicos algo que me ha entristecido: en un país, no recuerdo cuál, para escapar del confinamiento e irse de vacaciones, esta tarde han salido más de 40 aviones. Pero esa gente, que es buena gente, ¿no ha pensado en los que se quedaban en casa, en los problemas económicos de tanta gente que el confinamiento ha dejado por los suelos, en los enfermos? Solamente en irse de vacaciones y hacer lo que les apetece. Me ha entristecido tanto. Dirijo un saludo especial a los que empiezan el año nuevo con mayores dificultades, a los enfermos, a los desempleados, a los que viven situaciones de opresión o explotación. Y con afecto deseo saludar a todas las familias, especialmente a aquellas en las que hay niños pequeños o que esperan un nacimiento. Un nacimiento es siempre una promesa de esperanza. Estoy cerca de estas familias: ¡que el Señor os bendiga!

Os deseo a todos un buen domingo, pensando siempre en Jesús que se hizo carne precisamente para habitar con nosotros, en las cosas buenas y en las malas, siempre. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

¡Buen almuerzo y hasta pronto!

Las primeras Vísperas de la solemnidad de María Santísima Madre de Dios y el «Te Deum»

Compasión y solidaridad para dar un “sentido” a la pandemia

mos a la protección de María, madre de Dios y madre nuestra.

Al finalizar el Pontífice saludó a los que participaron en la oración a través de los medios de comunicación, dirigió palabras de felicitación al presidente italiano Mattarella, mencionó las iniciativas promovidas por diferentes realidades, expresó dolor por la situación de Yemen, invitó a rezar por el obispo secuestrado (y después liberado) en Nigeria, y dio las gracias a los «Sternsinger», los “Cantores de la Estrella”, niños y jóvenes que en Alemania y Austria se visten como los reyes magos para recoger fondos para destinar a sus coetáneos más necesitados.

¡Queridos hermanos y hermanas!

A todos vosotros, conectados a través de los medios de comunicación, os dirijo mi deseo de paz y de serenidad para el año nuevo.

Doy las gracias al presidente de la República italiana, Sergio Mattarella, por la felicitación que me dirigió ayer por la noche en su Mensaje de final de año, y le correspondo cordialmente.

Estoy agradecido a cuantos, en distintos lugares del mundo, respetando las restricciones impuestas por la pandemia, han promovido momentos de oración y de reflexión con ocasión de la actual Jornada Mundial de la Paz. Pienso en particular en la Marcha virtual de anoche, organizada por el Episcopado italiano, Pax Christi, Cáritas y Acción Católica; como también la de esta mañana, promovida por la Comunidad de San Egidio conectados en directo a nivel mundial. Gracias a todos por estas y muchas otras iniciativas a favor de la reconciliación y de la concordia entre los pueblos.

En tal contexto, expreso dolor y preocupación por la nueva escalada de violencia en Yemen que está causando numerosas víctimas inocentes, y rezo para que se hagan esfuerzos para encontrar soluciones que permitan el regreso de la paz para esas poblaciones golpeadas. Hermanos y hermanas, ¡pensemos en los niños de Yemen! Sin educación, sin medicinas, hambrientos. Recemos juntos por Yemen.

Además os invito a uniros en oración a la archidiócesis de Owerri en Nigeria por el obispo monseñor Moses Chikwe y por su conductor, secuestrados los días pasados. Pidamos al Señor que ellos y todos aquellos que son víctimas de actos similares en Nigeria vuelvan ilesos en libertad y que ese querido país encuentre de nuevo seguridad, concordia y paz.

Dirijo un saludo especial a los Sternsinger, los “Cantores de la Estrella”, niños y jóvenes que en Alemania y Austria, aun sin poder visitar a las familias en las casas, han encontrado la forma de llevarles la buena noticia de la Navidad y de recaudar donaciones para sus coetáneos necesitados.

Os deseo a todos un año de paz y de esperanza, con la protección de María, la Santa Madre de Dios. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!



La tarde del jueves 31 de diciembre fue el cardenal decano Giovanni Battista Re quien presidió en la basílica de San Pedro las primeras Vísperas de la solemnidad de María Santísima Madre de Dios, la exposición del Santísimo Sacramento, el tradicional canto del himno «Te Deum» en la conclusión del año civil y la bendición eucarística. Publicamos, a continuación, la homilía preparada por el Pontífice y leída por el purpurado que la introdujo con las siguientes palabras: «Doy lectura al texto que el Santo Padre Francisco había preparado para esta circunstancia».

¡Queridos hermanos y hermanas!

Esta celebración vespertina tiene siempre un doble aspecto: con la liturgia entramos en la fiesta solemne de María Santísima Madre de Dios; y al mismo tiempo concluimos el año natural con el gran himno de alabanza.

Del primer aspecto se hablará en la homilía de mañana. Esta noche damos espacio a la acción de gracias por el año que está llegando a su fin.

“Te Deum laudamus”, “Te alabamos, Dios, te proclamamos Señor...” Podría parecer forzado dar gracias a Dios al final de un año como este, marcado por la pandemia. Nuestros pensamientos van a las familias que han perdido uno o más miembros; pensamos en los que han caído enfermos, los que han sufrido soledad, los que han perdido su trabajo...

A veces alguien pregunta: ¿qué sentido tiene un drama como éste? No debemos tener prisa por responder a este interrogante. Ni siquiera Dios responde a nuestros más angustiosos “porqués” recurriendo a “razones superiores”.

La respuesta de Dios sigue el camino de la encarnación, como pronto cantará la antifona del Magnificat: “Por el gran amor con que nos amó, Dios envió a su Hijo en carne de pecado”.

Un Dios que sacrificase a los seres humanos por un gran diseño, aunque fuera el mejor posible, no es ciertamente el Dios que nos reveló Jesucristo. Dios es Padre, “Padre eterno”, y si su Hijo se hizo hombre, es por la inmensa compasión del corazón del Padre. Dios es Padre y es pastor, y ¿qué pastor daría por pérdida una sola oveja, pensando que mientras tanto le quedan muchas? No, este Dios cínico y despiadado no existe. Este no es el Dios que “alabamos” y “proclamamos Señor”. Cuando el buen samaritano se encontró con aquel pobre hombre medio muerto en el borde del camino no le soltó un discurso para explicarle el significado de lo que le había pasado, quizás para convencerle de que, en el fondo, era bueno para él. El samaritano, movido por la compasión, se inclinó sobre el desconocido, tratándolo como a un hermano, y lo cuidó, haciendo todo lo que podía (cf. *Lc 10, 25-37*).

Aquí, sí, tal vez podamos encontrar un “sentido” a este drama que es la pandemia, como a otros flagelos que azotan a la humanidad: el de despertar en nosotros la compasión y suscitar actitudes y

gestos de cercanía, de cuidado, de solidaridad, de afecto. Es lo que también, en estos meses ha sucedido y sucede en Roma; y por esto sobre todo, esta tarde, damos gracias a Dios. Damos gracias a Dios por las cosas buenas que han sucedido en nuestra ciudad durante el confinamiento y, en general, durante el período de la pandemia, que desgraciadamente aún no ha terminado. Hay muchas personas que, sin proclamarlo, han tratado de hacer más soportable el peso de la prueba. Con su compromiso diario, animadas por el amor al prójimo, han hecho realidad las palabras del himno *Te Deum*: “Cada día te bendicimos, alabamos tu nombre para siempre”. Porque la bendición y la alabanza que Dios más aprecia es el amor fraternal.

Los trabajadores de la salud - médicos, enfermeras, voluntarios - se hallan en primera línea, y por eso están de una manera particular en nuestras oraciones y merecen nuestra gratitud; así como también tantos sacerdotes, religiosas y religiosos, que han trabajado con generosidad y dedicación. Pero esta noche nuestro agradecimiento se extiende a todos aquellos que se esfuerzan cada día por sacar adelante lo mejor posible a sus familias y a aquellos que se comprometen en servir al bien común. Pensamos en los directores y profesores de las escuelas, que desempeñan un papel esencial en la vida de la sociedad y que se enfrentan a una situación muy compleja. Pensamos también con gratitud en los administradores públicos que saben cómo valorizar todos los buenos recursos presentes en la ciudad y en el territorio, que se desvinculan de los intereses privados y también de los de su partido. ¿Por qué? Porque buscan verdaderamente el bien de todos, el bien común, el bien, empezando por los más desfavorecidos.

Todo esto no puede suceder sin la gracia, sin la misericordia de Dios. Nosotros -lo sabemos bien por experiencia- en los momentos difíciles tendemos a defendernos -es natural- a protegernos a nosotros mismos y a nuestros seres queridos, a salvaguardar nuestros intereses... ¿Cómo es posible entonces que tanta gente, sin otra recompensa que la de hacer el bien, encuentre la fuerza para preocuparse por los demás? ¿Qué los impulsa a renunciar a algo de sí mismos, de su comodidad, de su tiempo, de lo que tienen para dárselo a otros? En el fondo, aunque no lo piensen, están impulsados por la fuerza de Dios, que es más poderosa que nuestro egoísmo. Por eso, esta tarde le alabamos, porque creemos y sabemos que todo el bien que día a día se cumple en la tierra viene, al final, de Él, viene de Dios. Y mirando al futuro que nos espera, imploramos de nuevo: “Que tu misericordia esté siempre con nosotros, en ti hemos esperado”. En ti está nuestra confianza y nuestra esperanza.

Mensaje del Papa a la Comunidad de Taizé

Caminar con esperanza creando fraternidad

«No estén entre los que siembran la desesperación y crean una desconfianza constante, porque esto neutralizaría la fuerza de la esperanza que nos ofrece el Espíritu de Cristo Resucitado», lo escribe el Papa Francisco en un mensaje firmado por el Cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado Vaticano, a los participantes en el 43º Encuentro Europeo animado por la Comunidad de Taizé, que se desarrolló de forma virtual, del 27 de diciembre de 2020 al 1 de enero de 2021.

Queridos jóvenes:

Desde hace más de cuarenta años, la Comunidad de Taizé prepara cada año un encuentro europeo en una gran ciudad del continente, en el que han participado varias generaciones de jóvenes. El Papa Francisco está contento, de unirse a vosotros también este año, con el pensamiento y la oración. Como la situación sanitaria no permite esta vez ese encuentro, vosotros habéis dado prueba de creatividad e imaginación: aunque dispersos, estáis conectados de una manera distinta gracias a los nuevos medios de comunicación. Y al mismo tiempo hacéis extensivo este encuentro a los jóvenes de todos los continentes. Que estos días en los que rezáis juntos y os sostenéis mutuamente en la fe y la confianza os ayuden a «esperar a tiempo y a destiempo», como subraya el tema del mensaje que os acompañará a lo largo del año 2021. El mero hecho de “encontrarse”, aunque excepcionalmente lo hagáis de forma virtual, ya os pone en el camino de la esperanza. Como el Santo Padre reiteró

en su encíclica *Fratelli tutti*, «nadie puede pelear la vida aisladamente. Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia adelante» (n. 8). No estéis entre los que siembran la desesperación y suscitan una desconfianza constante, porque sería neutralizar la fuerza de la esperanza que nos ofrece el Espíritu de Cristo resucitado. Al contrario, dejaos habitar por esta esperanza; os dará el valor de seguir a Cristo y de trabajar juntos con y para los más necesitados, especialmente los que tienen problemas para enfrentarse a las dificultades del tiempo actual. «La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna. ¡Caminemos en esperanza!» (*Fratelli tutti*, n. 55). Seguid desarrollando a lo largo de este año una cultura de encuentro y fraternidad y caminad juntos hacia ese horizonte de esperanza revelado por la resurrección de Cristo. El Santo Padre bendice a todos y cada uno de vosotros, queridos jóvenes; también bendice a vuestras familias y a todos aquellos que en todo el mundo participan con vosotros en este encuentro internacional.

CARDENAL PIETRO PAROLIN
SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD

Sobre algunas competencias en materia económico-financiera

Sobre algunas competencias en materia económico-financiera

Una mejor organización de la administración, control y supervisión de las actividades económicas y financieras de la Santa Sede para asegurar una gestión transparente y eficiente y una clara separación de competencias y funciones, constituye un punto fundamental en la reforma de la Curia.

Sobre la base de este principio, la Secretaría de Estado, que también sostiene más de cerca y directamente la acción del Sumo Pontífice en su misión y representa un punto de referencia esencial para las actividades de la Curia Romana, no es oportuno que desempeñe las funciones en los asuntos económicos y financieros ya atribuidas por competencia a otros Dicasterios.

Habiendo sido informado por los responsables de los entes interesados de los progresos realizados en el ejercicio más funcional de sus respectivas competencias, he considerado necesario establecer algunas normas para determinar mejor las diversas funciones de la Secretaría de Estado, la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica y la Secretaría para la Economía.

En consecuencia, tras examinar detenidamente todas las cuestiones relativas a la materia, haber escuchado a los jefes de los dicasterios competentes y consultado a personas expertas, establezco lo siguiente:

Artículo 1

Transferencia de inversiones y liquidez

§1 A partir del 1º de enero de 2021, la titularidad de los fondos y cuentas bancarias, las inversiones muebles e inmuebles, incluidas las participaciones en sociedades y fondos de inversión, hasta ahora a nombre de la Secretaría de Estado, se transfiere a la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica, que se encargará de su gestión y administración. Estarán sujetas a un control ad hoc por la Secretaría para la Economía, que a partir de ahora también desempeñará la función de Secretaría Papal para materias económicas y financieras.

§2 La Secretaría de Estado transfiere lo antes posible, y a más tardar el 4 de febrero de 2021, todos sus haberes líquidos mantenidos en cuentas corrientes a su nombre en el Instituto de Obras de Religión o en cuentas bancarias extranjeras, a la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica en una cuenta bancaria indicada por ésta.

§3 En el caso de que no sea posible o conveniente cambiar la titularidad de las cuentas, inversiones y participaciones, el Secretario de Estado proveerá al Presidente de la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica de un poder general para actuar en nombre y por cuenta de la Secretaría de Estado lo antes posible, y a más tardar el 4 de febrero de 2021, concediéndole poderes exclusivos de administración ordinaria y extraordinaria para:

- la gestión de las cuentas corrientes bancarias;
- la gestión de títulos y valores muebles a nombre de la Secretaría de Estado;
- el ejercicio de los derechos derivados de las participaciones de la Secretaría de Estado en sociedades y fondos de inversión;
- la gestión de los bienes inmuebles a nombre directa o indirectamente de la Secretaría de Estado.

§4 A partir del ejercicio económico 2021, las contribuciones por cualquier motivo debidas o libremente entregadas a la Santa Sede por entes eclesiales de cualquier tipo, incluidas las de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano y del Instituto para las Obras de Religión, así como las referidas en el canon 1271 CJC, se ingresarán en una cuenta denominada "Budget General de la Santa Sede", gestionada por la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica según las normas vigentes, en base al presupuesto aprobado. Las transferencias de las sumas de la cuenta del Budget General de la Santa Sede a la APSA deben ser autori-

zadas previamente por el Prefecto de la Secretaría para la Economía.

§5 El pago de los gastos ordinarios y extraordinarios de la Secretaría de Estado corre a cargo de la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica según el presupuesto de dicha Secretaría, aprobado en base a las normas vigentes y sin perjuicio de lo previsto en el artículo 11 del Estatuto de la Secretaría para la Economía. En el presupuesto de la Secretaría de Estado se establecerá una partida de gastos para actividades imprevistas o emergencias, que serán objeto de notificación periódica. Para las materias reservadas, se observarán las disposiciones del Estatuto de la Comisión de Materias Reservadas.

Artículo 2

Gestión de los fondos papales

§1 La Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica establecerá una provisión presupuestaria llamada Fondos Papales, que, para una mayor transparencia, formará parte del estado financiero consolidado de la Santa Sede, para el que se llevará una contabilidad separada, con la apertura de subcuentas específicas para:

- el Fondo denominado "Óbolo de San Pedro", con todas sus diversas subdivisiones y articulaciones;
- el Fondo denominado "Fondo Discrecional del Santo Padre".
- cada uno de los fondos denominados "Fondos titulados", que tengan un vínculo particular de destino por voluntad de los donantes o por disposición normativa.

§2 Todos los fondos mencionados en el §1 anterior mantienen su propósito. Los activos líquidos y las inversiones correspondientes a cada una de las subcuentas indicadas en el §1 se colocan en cuentas específicas abiertas por la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica.

§3 La Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica informa periódicamente del estado de los fondos a la Secretaría de Estado, que sigue colaborando en su recaudación.

§4 Los gastos y otros actos de disposición de la subcuenta del Fondo Discrecional del Santo Padre sólo pueden hacerse por decisión personal suya.

§5 Los gastos cargados a las otras subcuentas serán desembolsados por la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica a petición de la Secretaría de Estado según el presupuesto aprobado. Todos los demás actos de disposición en uso de estas subcuentas y los no previstos en el presupuesto son sometidos por el Presidente de la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica a la autorización previa del Prefecto de la Secretaría para la Economía, quien ejerce un control específico, verificando de antemano la correspondencia con las instrucciones recibidas del Santo Padre sobre el uso de sus fondos, la capacidad y liquidez de los mismos, y la correspondencia de las disposiciones con el destino eventual.

§6 En todo caso, las disposiciones de los pagos e inversiones no presupuestadas con cargo a los fondos papales dadas por el Presidente de la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica deben ser refrendadas por el Prefecto de la Secretaría para la Economía, quien verifica de antemano su correspondencia con las disposiciones y autorizaciones dadas en base a este artículo.

Artículo 3

Disposiciones relativas al control y la vigilancia económica y financiera

§1 Todos los entes mencionados en el artículo 1 §1 del Estatuto del Consejo para la Economía, incluidos los que hasta ahora estaban bajo el control económico y financiero de la Secretaría de Estado, están sujetos al control, la vigilancia y la dirección de la Secretaría para la Economía, tal como se define en su propio Estatuto y en las normas



vigentes, con la única excepción de los entes para los que el Santo Padre haya previsto expresamente otra cosa.

§2 El presupuesto y los balances de los entes mencionados en el párrafo anterior se envían a la Secretaría para la Economía, que los somete al Consejo para la Economía para su aprobación.

§3 En los casos previstos por los Estatutos o por la praxis vigente, las actas de los Consejos de Administración de los entes siguen enviándose a la Secretaría de Estado o al Dicasterio del que dependen canónicamente.

§4 El Presidente de los consejos de cuentas o de auditores, cualquiera que sea su nombre, o el auditor o auditor único, cuando así lo prevean los estatutos de los entes incluidos en una lista aprobada por el Consejo para la Economía, son nombrados por el Prefecto de la Secretaría para la Economía, quien verifica los requisitos de honorabilidad y profesionalidad y comprueba la existencia de posibles conflictos de intereses.

§5 Los miembros de los órganos estatutarios de control interno mencionados en el párrafo anterior participan sin derecho a voto en las reuniones del órgano responsable de la administración del ente sea cual fuere su nombre, y tienen derecho a solicitar a los directores información y documentos sobre la marcha de las actividades del ente o sobre asuntos concretos.

§6 Los informes debidos por los órganos estatutarios de control interno de las Instituciones mencionadas en el §4, de acuerdo con la ley y el estatuto, se transmiten a la Secretaría para la Economía. En todo caso, los miembros de los órganos estatutarios de control interno tienen el deber de informar a la Secretaría para la Economía sobre las situaciones de grave irregularidad en la gestión u organización, sobre las posibles violaciones de la ley o del estatuto y sobre el peligro eventual de inestabilidad económica del ente.

§7 Los superiores, directores, empleados y

colaboradores profesionales de los órganos de supervisión y control son incompatibles con el nombramiento en los órganos de administración de los entes incluidos en la lista mencionada en el §1.

§8 Las disposiciones de este artículo sustituyen automáticamente las cláusulas diferentes contenidas eventualmente en los estatutos de los entes.

§9 Siguen en función las competencias del Consejo de Economía, la Oficina del Auditor General y la Autoridad de Supervisión e Información Financiera, tal como se definen en sus estatutos y en los reglamentos vigentes.

Artículo 4

Función de la Oficina Administrativa de la Secretaría de Estado

§1 La denominada Oficina Administrativa de la Secretaría de Estado mantiene solamente los recursos humanos necesarios para el desarrollo de las actividades relativas a su administración interna, la preparación de su presupuesto y balance final y las demás funciones no administrativas que hasta ahora desempeña.

§2 El archivo de la denominada Oficina Administrativa en la parte relativa a las inversiones a que se refiere el artículo 1 anterior y los Fondos a que se refiere el artículo 2 anterior, se transfiere a la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica.

Todo lo que he deliberado con esta Carta Apostólica en forma de Motu Proprio, ordeno que se observe en todas sus partes, no obstante cualquier cosa en contrario, aunque sea digna de mención particular, y establezco que se promulgue mediante publicación en el periódico "L'Osservatore Romano", entrando en vigor el día de su publicación.

Vaticano, 26 de diciembre de 2020, octavo del Pontificado

Nota sobre la moralidad del uso de algunas vacunas contra la Covid-19

Congregación para la Doctrina de la fe

La cuestión sobre el uso de las vacunas, en general, suele estar en el centro de insistentes debates en la opinión pública. En los últimos meses, han llegado a esta Congregación varias peticiones de una opinión sobre el uso de algunas vacunas contra el virus SARS-CoV-2, causante de la Covid-19, desarrolladas recurriendo, en el proceso de investigación y producción, a líneas celulares que provienen de tejidos obtenidos de dos abortos ocurridos en el siglo pasado. Al mismo tiempo, se han producido diversas declaraciones en los medios de comunicación por parte de Obispos, Asociaciones Católicas y Expertos, diferentes entre sí y a veces contradictorias, que también han planteado dudas sobre la moralidad del uso de estas vacunas.

Sobre esta cuestión ya hay un importante pronunciamiento de la Pontificia Academia para la Vida, titulado “Reflexiones morales acerca de las vacunas preparadas a partir de células procedentes de fetos humanos abortados” (5 junio 2005). Además, esta Congregación se expresó al respecto con la Instrucción *Dignitas Personae* (8 de septiembre de 2008) (cf. nn. 34 y 35). En 2017, la Pontificia Academia para la Vida volvió a tratar el tema con una Nota. Estos documentos ya ofrecen algunos criterios generales dirimientes.

Dado que están ya disponibles, para su distribución y administración en diversos países, las primeras vacunas contra la Covid-19, esta Congregación desea ofrecer algunas indicaciones que clarifiquen este tema. No se pretende juzgar la seguridad y eficacia de estas vacunas, aun siendo éticamente relevante y necesario, porque su evaluación es competencia de los investigadores biomédicos y las agencias para los medicamentos, sino únicamente reflexionar sobre el aspecto moral del uso de aquellas vacunas contra la Covid-19 que se han desarrollado con líneas celulares procedentes de tejidos obtenidos de dos fetos abortados no espontáneamente.

1. Como se afirma en la Instrucción *Dignitas Personae*, en los casos en los que se utilicen células de fetos abortados para crear líneas celulares para su uso en la investigación científica, “existen diferentes grados de responsabilidad”^[1] en la cooperación al mal. Por ejemplo, “en las empresas que utilizan líneas celulares de origen ilícito no es idéntica la responsabilidad de quienes deciden la orientación de la producción y la de aquellos que no tienen poder de decisión”.^[2]

2. En este sentido, cuando no estén disponibles vacunas Covid-19 éticamente irreprochables (por ejemplo, en países en los que no se ponen a disposición de médicos y pacientes vacunas sin problemas éticos o



en los que su distribución es más difícil debido a las condiciones especiales de almacenamiento y transporte, o cuando se distribuyen varios tipos de vacunas en el mismo país pero, por parte de las autoridades sanitarias, no se permite a los ciudadanos elegir la vacuna que se va a inocular) es moralmente aceptable utilizar las vacunas contra la Covid-19 que han utili-

ber moral de evitar esa cooperación material pasiva no es vinculante si existe un peligro grave, como la propagación, por lo demás incontenible, de un agente patógeno grave:^[3] en este caso, la propagación pandémica del virus SARS-CoV-2 que causa la Covid-19. Por consiguiente, debe considerarse que, en este caso, pueden utilizarse todas las vacunas reconocidas como clíni-

zadas de conciencia, rechazan las vacunas producidas a partir de líneas celulares procedentes de fetos abortados, deben tomar las medidas, con otros medios profilácticos y con un comportamiento adecuado, para evitar que se conviertan en vehículos de transmisión del agente infeccioso. En particular, deben evitar cualquier riesgo para la salud de quienes no pueden ser vacunados por razones médicas o de otro tipo y que son los más vulnerables.

6. Por último, existe también un imperativo moral para la industria farmacéutica, los gobiernos y las organizaciones internacionales, garantizar que las vacunas, eficaces y seguras desde el punto de vista sanitario, y éticamente aceptables, sean también accesibles a los países más pobres y sin un coste excesivo para ellos. La falta de acceso a las vacunas se convertiría, de algún modo, en otra forma de discriminación e injusticia que condenaría a los países pobres a seguir viviendo en la indigencia sanitaria, económica y social.^[5]

El Sumo Pontífice Francisco, en la Audiencia concedida al suscrito Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en fecha 17 diciembre 2020, ha examinado la presente Nota y ha aprobado la publicación.

Dado en Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el 21 de diciembre de 2020, Memoria litúrgica de San Pedro Canisio.

No se pretende juzgar la seguridad y eficacia de estas vacunas, aun siendo éticamente relevante y necesario, porque su evaluación es competencia de los investigadores biomédicos y las agencias para los medicamentos, sino únicamente reflexionar sobre el aspecto moral del uso de aquellas vacunas contra la Covid-19 que se han desarrollado con líneas celulares procedentes de tejidos obtenidos de dos fetos abortados no espontáneamente.

zadas líneas celulares de fetos abortados en su proceso de investigación y producción. 3. La razón fundamental para considerar moralmente lícito el uso de estas vacunas es que el tipo de cooperación al mal (cooperación material pasiva) del aborto provocado del que proceden estas mismas líneas celulares, por parte quienes utilizan las vacunas resultantes, es remota. El de-

camente seguras y eficaces con conciencia cierta que el recurso a tales vacunas no significa una cooperación formal con el aborto del que se obtuvieron las células con las que las vacunas han sido producidas. Sin embargo, se debe subrayar que el uso moralmente lícito de este tipo de vacunas, debido a las condiciones especiales que lo posibilitan, no puede constituir en sí mismo una legitimación, ni siquiera indirecta, de la práctica del aborto, y presupone la oposición a esta práctica por parte de quienes recurren a estas vacunas.

4. De hecho, el uso lícito de esas vacunas no implica ni debe implicar en modo alguno la aprobación moral del uso de líneas celulares procedentes de fetos abortados.^[4] Por lo tanto, se pide tanto a las empresas farmacéuticas como a los organismos sanitarios gubernamentales, que produzcan, aprueben, distribuyan y ofrezcan vacunas éticamente aceptables que no creen problemas de conciencia, ni al personal sanitario ni a los propios vacunados.

5. Al mismo tiempo, es evidente para la razón práctica que la vacunación no es, por regla general, una obligación moral y que, por lo tanto, la vacunación debe ser voluntaria. En cualquier caso, desde un punto de vista ético, la moralidad de la vacunación depende no sólo del deber de proteger la propia salud, sino también del deber de perseguir el bien común. Bien que, a falta de otros medios para detener o incluso prevenir la epidemia, puede hacer recomendable la vacunación, especialmente para proteger a los más débiles y más expuestos. Sin embargo, quienes, por ra-



Notas

[1] Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción Dignitas Personae* (8 diciembre 2008), n. 35; AAS (100), 884.

[2] *Ibid.*, 885.

[3] Cfr. Pontificia Academia para la Vida, “*Moral reflections on vaccines prepared from cells derived from aborted human fetuses*”, 5 junio 2005.

[4] Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instruc. Dignitas Personae*, n. 35: “Cuando el delito está respaldado por las leyes que regulan el sistema sanitario y científico, es necesario distanciarse de los aspectos inicuos de esos sistemas, a fin de no dar la impresión de una cierta tolerancia o aceptación tácita de acciones gravemente injustas. De lo contrario, se contribuiría a aumentar la indiferencia, o incluso la complacencia con que estas acciones se ven en algunos sectores médicos y políticos”.

[5] Cfr. Francisco, *Discurso a los miembros de la Fundación “Banco Farmacéutico”*, 19 septiembre 2020.

El discurso a los trabajadores del Vaticano

No se despide a nadie a causa de la pandemia

«No se despide a nadie, nadie debe sufrir la fea repercusión económica de esta pandemia. Pero todos juntos tenemos que trabajar más para ayudarnos a resolver este problema». Lo subrayó el Papa Francisco en el discurso dirigido a los trabajadores del Vaticano y a sus familiares, recibidos en el Aula Pablo VI en la mañana del lunes 21 de diciembre, para el tradición intercambio de la felicitación navideña.

Queridos hermanos y hermanas: Es para mí un placer encontrarme con vosotros, empleados del Vaticano y con vuestras familias, al acercarnos a las fiestas navideñas. Doy las gracias a nuestro colega, el médico que ha hablado en nombre de todos vosotros: sus palabras nos han hecho bien y nos dan esperanza. Estoy agradecido a cada uno de vosotros por el trabajo

nuestro letargo, nuestro aburrimiento, nuestra apatía, nuestro desinterés y nuestro miedo, sobre todo en esta época de emergencia sanitaria, en la que cuesta redescubrir el entusiasmo de la vida y de la fe. Es cansino: es un tiempo que cansa. Imitando a los pastores, estamos llamados a asumir tres actitudes, tres verbos: redescubrir, contemplar, anunciar. Que cada uno

del nuevo nacimiento y de la renovación del Espíritu Santo» (Tt 3, 4-5). Descubrimos que Dios manifiesta su bondad en el Niño Jesús. Manifiesta su misericordia por cada uno de nosotros, y cada uno de nosotros sabe que todos necesitamos misericordia en nuestras vidas. Cada uno sabe y puede dar nombre y apellido a las cosas que están en su corazón y que necesitan la misericordia de Dios. En el Niño Jesús Dios se muestra amable, lleno de bondad y mansedumbre. ¿Quién no se siente conmovido por la ternura frente a un niño pequeño? Verdaderamente a un Dios así podemos amarlo con todo nuestro corazón. Dios manifiesta su bondad para salvarnos. ¿Y qué significa ser salvado? Significa entrar en la vida misma de Dios, convertirse en hijos adoptivos de Dios mediante el bautismo. Este es el gran significado de la Navidad: Dios se hace hombre para que nosotros podamos ser hijos de Dios.

La Segunda Persona de la Trinidad, se ha hecho hombre, para convertirse en el hermano mayor, el primogénito de una multitud de hermanos. Y Dios nos salva, pues, mediante el bautismo nos hace entrar a todos como hermanos: contemplar este misterio, contemplar al Niño. Y por eso, la catequesis que nos da el belén es tan bella, porque nos hace ver al Niño tierno que nos anuncia la misericordia de Dios. Contemplar los belenes. Y cuando bendije a los Bambinielli (figuritas del Niño Jesús) el otro día, fue un contemplar. El Niño del nacimiento es una figura, pero es una figura que nos hace pensar en esta gran misericordia de Dios que se hizo Niño. Y frente a esta realidad, la tercera actitud es anunciar. Esta es la actitud que nos ayuda a avanzar. Las tres actitudes que nos ayudan en este momento para avanzar. ¿Qué debemos hacer? Miremos una vez más a los pastores: «Y se volvieron los pastores dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho» (Lc 2,20). Volvieron a su vida cotidiana. Nosotros también debemos volver a nuestra vida cotidiana: la Navidad pasa. Pero debemos volver a la vida familiar, al trabajo, transformados, debemos volver glorificando y alabando a Dios por todo lo que hemos oído y visto. Debemos llevar la buena noticia al mundo: Jesús es nuestro salvador. Y esto es un deber. ¿Por qué tengo esperanza? Porque el Señor me ha salvado. Recordar lo que contemplamos y salir a anunciarlo. Anunciarlo con la palabra, con el testimonio de nuestra vida.

Y, a pesar de todo, las dificultades y los sufrimientos no pueden ofuscar la luz de la Navidad, que inspira una alegría interior que nadie nos puede quitar. Así que, sigamos adelante, con estas tres actitudes: redescubrir, contemplar y anunciar.

Queridos hermanos y hermanas, os renuevo mi gratitud y os renuevo mi aprecio por vuestro trabajo. Muchos de vosotros son un ejemplo para los demás: trabajan para la familia, con espíritu de servicio a la Iglesia y siempre con la alegría de saber que Dios está siempre entre nosotros y es el Dios-con-nosotros. Y no lo olvidéis: la alegría es contagiosa. La alegría es contagiosa, y es buena para toda la comunidad. Al igual que, por ejemplo, la tristeza que viene del chismeo es fea y te deprime. La alegría es contagiosa y hace crecer. ¡Sed alegres, y sed testigos de la alegría! Y de todo corazón, ¡feliz Navidad a todos!

vea en su propia vida cómo puede redescubrir, cómo puede contemplar y cómo puede proclamar.

Es importante redescubrir el nacimiento del Hijo de Dios como el mayor acontecimiento de la historia. Es el evento predicho por los profetas siglos antes de que ocurriera. Es el acontecimiento del que se habla todavía hoy: ¿cuál es el personaje histórico del que se habla como se habla de Jesús? Han pasado veinte siglos y Jesús está más vivo que nunca —y también más perseguido, muchas veces; también más manchado por la falta de testimonio de tantos cristianos—. Han pasado veinte siglos. Y los que se alejan de Él, con su comportamiento,

que hacéis con empeño al servicio de la Curia Romana y la Ciudad del Vaticano. La pandemia no sólo ha causado una situación sanitaria crítica, sino también tantas dificultades económicas a muchas familias e instituciones. La Santa Sede también se ha visto afectada y está haciendo todo lo posible para hacer frente de la mejor manera posible a esta situación precaria. Se trata de satisfacer las necesidades legítimas de vosotros empleados y las de la Santa Sede: debemos ayudarnos mutuamente, y proseguir nuestro trabajo común, pero siempre. Nuestros colaboradores, vosotros, que trabajáis en la Santa Sede, sois lo más importante: nadie debe quedarse fuera, nadie debe perder el trabajo; los superiores de la Gobernación y también de la Secretaría de Estado, todos, buscan la manera de no disminuir vuestros ingresos y de no disminuir nada, nada en este momento

tan malo, para el fruto de vuestro trabajo. Se buscan muchas maneras, pero los principios son los mismos: no dejar el trabajo; no se despide a nadie, nadie debe sufrir la fea repercusión económica de esta pandemia. Pero todos juntos tenemos que trabajar más para ayudarnos a resolver este problema que no es fácil, porque ya sabéis: aquí, tanto en la Gobernación como en la Secretaría de Estado, no está Mandrake,... no hay varita mágica, y debemos buscar formas de resolver esto y con buena voluntad, todos juntos, lo resolveremos. Ayudadme a hacerlo y yo os ayudo y todos juntos saldremos adelante como de la misma familia. Gracias.

La Navidad es una fiesta de alegría «porque Jesús ha nacido para nosotros» (cf. Is 9,5) y todos estamos llamados a ir hacia Él. Los pastores nos dan el ejemplo. También nosotros debemos acudir a Jesús: sacudimos

En el Niño Jesús Dios se muestra amable, lleno de bondad y mansedumbre. ¿Quién no se siente conmovido por la ternura frente a un niño pequeño? Verdaderamente a un Dios así podemos amarlo con todo nuestro corazón. Dios manifiesta su bondad para salvarnos

todavía dan más testimonio de Jesús: sin Él el hombre cae en el mal: en el pecado, el vicio, el egoísmo, la violencia, el odio. El Verbo se ha hecho carne y habita entre nosotros: este es el acontecimiento que debemos redescubrir.

La segunda actitud es la de la contemplación. La primera era redescubrir, la segunda contemplar. Los pastores dicen: «Vayamos, pues, a Belén, y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha comunicado» (Lc 2,15): es decir, meditemos, contemplemos, recemos. Y aquí el ejemplo más bello nos lo da la madre de Jesús, María: guardaba en su corazón, meditaba... ¿Y qué descubrimos al meditar? San Pablo nos dice: «Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor al hombre, no por las obras de justicia que hubiéramos hecho nosotros, sino, según su propia misericordia, nos salvó por el baño

Carta del Papa a los libaneses con motivo de la celebración de la Navidad

Un mensaje de libertad y un testimonio de buena convivencia

El Papa Francisco escribió el 24 de diciembre una carta al cardenal Béchara Boutros Raï, Patriarca de Antioquía de los maronitas y Presidente de la Asamblea de Patriarcas y Obispos Católicos del Líbano, en la que expresa a todos los libaneses «unas palabras de consuelo y aliento con motivo de la celebración de la Navidad».



A Su Beatitud el cardenal Béchara Boutros Raï, Patriarca de Antioquía de los maronitas, Presidente de la Asamblea de Patriarcas y Obispos Católicos del Líbano
A Su Beatitud y, a través de usted, a todos los libaneses, sin distinción de comunidad o afiliación religiosa, me gustaría dirigir unas palabras de consuelo y aliento con motivo de la celebración de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, Príncipe de la Paz.
Queridos hijos e hijas del Líbano:

Grande es mi dolor al ver el sufrimiento y la angustia que sofoca la ingeniosidad y la vivacidad innatas del País de los Cedros. Más aún, es doloroso el verse arrebatar todas las más sentidas esperanzas de vivir en paz y de seguir siendo para la historia y para el mundo un mensaje de libertad y un testimonio de buena convivencia; y yo, que de todo corazón participo, tanto en todas vuestras alegrías, como en to-

(Salmo 91,13). La majestuosidad del cedro en la Biblia es símbolo de firmeza, estabilidad y protección. El cedro es símbolo del hombre justo que, arraigado en el Señor, transmite belleza y bienestar e incluso en su vejez se eleva y produce frutos abundantes. En estos días Emmanuel, el Dios con nosotros, se hace prójimo nuestro, camina a nuestro lado. Tened confianza en su presencia, en su fidelidad. Como el cedro, id a lo más profundo de vuestras raíces de convivencia para volver a ser un pueblo solidario; como el cedro, que resiste a todas las tempestades, aprovechad la contingencia del momento presente para redescubrir vuestra identidad, la de llevar al mundo entero el perfume del respeto, la convivencia y el pluralismo, la de un pueblo que no abandona ni sus hogares ni su herencia; la identidad de un pueblo que no desbarata el sueño de los que han creído en el porvenir de un país bello y próspero. En esta perspectiva hago un llamamiento a los dirigentes políticos y religiosos, tomando prestado un pasaje de vuestros intereses, y vuestro trabajo no es para vosotros, sino para el Estado y la nación que representáis. Por último, mi afecto al querido pueblo libanés, al que pienso visi-



das vuestras penas, siento en lo más profundo de mi alma la gravedad de vuestras pérdidas, sobre todo cuando pienso en los tantos jóvenes a quienes se les despoja de toda esperanza de un porvenir mejor. Pero en este día de Navidad «el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande» (Is 9, 1), la luz que mitiga los temores e infunde en cada uno la esperanza de la certeza de que la Providencia nunca abandonará el Líbano y sabrá cómo reconducir hacia el bien incluso este luto.

El Líbano es mencionado muchas veces en la Sagrada Escritura, pero la imagen que nos da el salmista destaca por encima de todas: «El justo florecerá como la palmera, crecerá como el cedro del Líbano»

tar lo antes posible, junto con la constante solicitud que ha animado la acción de mis predecesores y de la Sede Apostólica, me empuja a dirigirme una vez más a la comunidad internacional. Ayudemos al Líbano a mantenerse al margen de los conflictos y las tensiones regionales. Ayudémoslo a salir de su grave crisis y a recuperarse. Amados hijos e hijas, en la oscuridad de la noche levantad la mirada, que la estrella de Belén os sirva de guía y aliento para entrar en la lógica de Dios, para no errar el camino y no perder la esperanza.

Desde el Vaticano, 24 de diciembre de 2020

Francisco

Videomensaje a los participantes de un encuentro en el Vaticano

La educación es un acto de esperanza

Publicamos el videomensaje enviado por el Papa Francisco a los participantes del encuentro sobre el tema «La educación es un acto de esperanza», que tuvo lugar el 16 y 17 de diciembre en el Vaticano, en la Casina Pío IV, con ocasión de la «Misión 4.7» iniciada en sinergia con el Global Compact on Education lanzado por el Pontífice.

Señoras y señores:

La educación es siempre un acto de esperanza que, desde el presente, mira al futuro. No existe la educación estática. La reunión de hoy en la Casina Pío IV es un acto de esperanza y solidaridad generacional, de esperanza y solidaridad intergeneracional. Los jóvenes líderes y los educadores globales se están reuniendo desde todas partes del mundo para promover un nuevo tipo de educación, que permita superar la actual globalización de la indiferencia y la cultura del descarte. Dos grandes males de nuestra cultura, la indiferencia y el descarte.

Este ha sido un año extraordinario de sufrimiento por la pandemia de Covid-19; un año de aislamiento obligado y exclusión, de angustia y crisis espirituales y de no pocas muertes, y de una crisis educativa sin precedentes. Más de mil millones de niños han enfrentado interrupciones en su educación. Cientos de millones de niños se han quedado atrás en las oportunidades de desarrollo social y cognitivo. Y en muchos lugares, las crisis biológica, psíquica y económica han empeorado mucho por las crisis políticas y sociales aparejadas.

Ustedes se han reunido hoy en un acto de esperanza; un acto de esperanza para que los impulsos de odio, divisiones e ignorancia puedan y sean superados a través de una nueva buena onda, digamos así, una nueva buena onda de oportunidades educativas basadas en la justicia social y en el amor mutuo, un nuevo pacto global para la educación lanzado ya en octubre con alguno de los presentes. Ante todo, les agradezco por reunirse hoy para hacer crecer nuestras esperanzas y planes compartidos en una nueva educación que fomente la trascendencia de la persona humana, el desarrollo humano integral y sostenible, el dialogo intercultural y religioso, la salvaguardia del planeta, los encuentros por la paz y la apertura a Dios.

Las Naciones Unidas ofrecen una oportunidad única para que los gobiernos y la sociedad civil del mundo se unan tanto en la esperanza como en la acción por una nueva educación. Cito con gusto el mensaje de reconocimiento de san Pablo VI a las Naciones Unidas, dice así: «Vosotros habéis cumplido, señores, y estáis cumpliendo una gran obra: Enseñar a los hombres la paz. Las Naciones Unidas son la gran escuela donde se recibe esta educación». La Constitución de la UNESCO, adoptada en 1945 al final de la tragedia de la Segunda Guerra Mundial, reconoció que «puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz». Hace setenta y cinco años que los fundadores de la UNESCO pidieron «asegurar a todos el pleno e igual acceso a la educación, la posibilidad de investigar libremente la verdad objetiva y el libre intercambio de ideas y conocimientos... a fin de que los pueblos se comprendan mejor entre sí y adquieran un conocimiento más preciso y verdadero de sus respectivas vidas» (*Preámbulo*).

En nuestro tiempo, en el que el pacto educativo mundial se ha quebrado, veo con satisfacción que los gobiernos se han comprometido nuevamente a poner en práctica estas ideas mediante la adopción de la Agenda 2030 y de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU, en sinergia con el pacto global sobre la educación.

En el corazón de los Objetivos de Desarrollo Sostenible está el reconocimiento de que la educación de calidad para todos es una base necesaria para proteger nuestro hogar común y fomentar la fraternidad humana. Tal como el pacto global para la educación, así también fundamentalmente, el ODS 4 compromete a todos los gobiernos a «garantizar una educación inclusiva, equitativa y de calidad, como asimismo promover oportunidades de aprendizaje durante toda la vida, y esto para todos».

El pacto global para la educación y la misión 4.7 trabajarán juntos por la civilización del amor, la belleza y la unidad. Permítanme decirles que espero que ustedes sean los poetas de una nueva belleza humana, una nueva belleza fraterna y amigable, como de la salvaguardia de la tierra que pisamos. No se olviden de los ancianos y de los abuelos portadores de los valores humanos más decisivos. Gracias por lo que hacen y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

La misa de la Jornada mundial de la paz

Será un buen año si cuidamos de los demás

A causa de una dolorosa cáctica, el Papa Francisco no pudo presidir las celebraciones en programa la tarde del 31 de diciembre y la mañana sucesiva en el altar de la Catedral en la basílica Vaticana. El cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin, fue quien celebró la misa del 1 de enero, solemnidad de María Santísima Madre de Dios y la 54ª Jornada mundial de la paz, dedicada este año al tema «La cultura del cuidado como camino de paz». Publicamos, a continuación, la homilía preparada por el Pontífice y leída por el purpurado.

Las lecturas de la liturgia de hoy resaltan tres verbos, que se cumplen en la Madre de Dios: bendecir, nacer y encontrar. Bendecir. En el Libro de los Números el Señor pide que los ministros sagrados bendigan a su pueblo: «Bendeciréis a los hijos de Israel: "El Señor te bendiga"» (6, 23-24). No es una exhortación piadosa, sino una petición concreta. Y es importante que también hoy los sacerdotes bendigan al Pueblo de Dios, sin cansarse; y que además todos los fieles sean portadores de bendición, que bendigan. El Señor sabe que necesitamos ser bendeci-

dos de ser para los demás portadores gozosos de la bendición de Dios, como ella lo es para nosotros. El segundo verbo es nacer. San Pablo remarca que el Hijo de Dios ha «nacido de una mujer» (Gal 4, 4). En pocas palabras nos dice una cosa maravillosa: que el Señor nació como nosotros. No apareció ya adulto, sino niño; no vino al mundo él solo, sino de una mujer, después de nueve meses en el seno de la Madre, a quien dejó que formara su propia humanidad. El corazón del Señor comenzó a latir en María, el Dios de la vida tomó el oxígeno de ella. Desde entonces Ma-

ellas. Este año, mientras esperamos una recuperación y nuevos tratamientos, no dejemos de lado el cuidado. Porque, además de la vacuna para el cuerpo se necesita la vacuna para el corazón: y esta vacuna es el cuidado. Será un buen año si cuidamos a los otros, como hace la Virgen con nosotros.

El tercer verbo es encontrar. El Evangelio nos dice que los pastores «encontraron a María y a José, y al Niño» (v. 16). No encontraron signos prodigiosos y espectaculares, sino una familia sencilla. Allí, sin embargo, encontraron verdaderamente a Dios, que es grandeza en lo pequeño, fortaleza en la ternura. Pero, ¿cómo hicieron los pastores para encontrar este signo tan poco llamativo? Fueron llamados por un ángel. Tampoco nosotros habríamos encontrado a Dios si no hubiésemos sido llamados por gracia. No podíamos imaginar un Dios se-



dos: lo primero que hizo después de la creación fue decir bien de cada cosa y decir muy bien de nosotros. Pero ahora, con el Hijo de Dios, no recibimos sólo palabras de bendición, sino la misma bendición: Jesús es la bendición del Padre. En Él el Padre, dice san Pablo, nos bendice «con toda clase de bendiciones» (Ef 1, 3). Cada vez que abrimos el corazón a Jesús, la bendición de Dios entra en nuestra vida.

Hoy celebramos al Hijo de Dios, el Bendito por naturaleza, que viene a nosotros a través de la Madre, la bendita por gracia. María nos trae de ese modo la bendición de Dios. Donde está ella llega Jesús. Por eso necesitamos acogerla, como santa Isabel, que la hizo entrar en su casa, inmediatamente reconoció la bendición y dijo: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!» (Lc 1,42). Son las palabras que repetimos en el Ave María. Acogiendo a María somos bendecidos, pero también aprendemos a bendecir. La Virgen, de hecho, enseña que la bendición se recibe para darla. Ella, la bendita, fue bendición para todos los que la encontraron: para Isabel, para los esposos de Caná, para los Apóstoles en el Cenáculo... También nosotros estamos llamados a bendecir, a decir bien en nombre de Dios. El mundo está gravemente contaminado por el decir mal y por el pensar mal de los demás, de la sociedad, de sí mismos. Pero la maldición corrompe, hace que todo degenera, mientras que la bendición regenera, da fuerza para comenzar de nuevo cada día. Pidamos a la Madre de Dios la gracia

ría nos une a Dios, porque en ella Dios se unió a nuestra carne para siempre. María —le gustaba decir a san Francisco— «ha convertido en hermano nuestro al Señor de la majestad» (San Buenaventura, *Legenda major*, 9,3). Ella no es sólo el puente entre Dios y nosotros, es más todavía: es el camino que Dios ha recorrido para llegar a nosotros y es la senda que debemos recorrer nosotros para llegar a Él. A través de María encontramos a Dios como Él quiere: en la ternura, en la intimidad, en la carne. Sí, porque Jesús no es una idea abstracta, es concreto, encarnado, nació de mujer y creció pacientemente. Las mujeres conocen esta concreción paciente, nosotros los hombres somos frecuentemente más abstractos y queremos las cosas inmediatamente; las mujeres son concretas y saben tejer con paciencia los hilos de la vida. Cuántas mujeres, cuántas madres de este modo hacen nacer y renacer la vida, dando un porvenir al mundo.

No estamos en el mundo para morir, sino para generar vida. La Santa Madre de Dios nos enseña que el primer paso para dar vida a lo que nos rodea es amarlo en nuestro interior. Ella, dice hoy el Evangelio, «conservaba todo en su corazón» (cf. Lc 2, 19). Y es del corazón que nace el bien: qué importante es tener limpio el corazón, custodiar la vida interior, la oración. Qué importante es educar el corazón al cuidado, a valorar a las personas y las cosas. Todo comienza ahí, del hacerse cargo de los demás, del mundo, de la creación. No sirve conocer muchas personas y muchas cosas si no nos ocupamos de

mejante, que nace de una mujer y revoluciona la historia con la ternura, pero por gracia lo hemos encontrado. Y hemos descubierto que su perdón nos hace renacer, que su consuelo enciende la esperanza, y su presencia da una alegría incontenible. Lo hemos encontrado, pero no debemos perderlo de vista. El Señor, de hecho, no se encuentra una vez para siempre: sino que hemos de encontrarlo cada día. Por eso el Evangelio describe a los pastores siempre en búsqueda, en movimiento: «fueron corriendo, encontraron, contaron, se volvieron dando gloria y alabanza a Dios» (cf. vv. 16-17.20). No eran pasivos, porque para acoger la gracia es necesario mantenerse activos.

Y nosotros, ¿qué debemos encontrar al inicio de este año? Sería hermoso encontrar tiempo para alguien. El tiempo es una riqueza que todos tenemos, pero de la que somos celosos, porque queremos usarla sólo para nosotros. Hemos de pedir la gracia de encontrar tiempo: tiempo para Dios y para el prójimo: para el que está solo, para el que sufre, para el que necesita ser escuchado y cuidado. Si encontramos tiempo para regalar, nos sorprenderemos y seremos felices, como los pastores. Que la Virgen, que ha llevado a Dios en el tiempo, nos ayude a dar nuestro tiempo. Santa Madre de Dios, a ti te consagramos el nuevo año. Tú, que sabes custodiar en el corazón, cuidarnos. Bendice nuestro tiempo y enseñanos a encontrar tiempo para Dios y para los demás. Nosotros con alegría y confianza te aclamamos: ¡Santa Madre de Dios! Y que así sea.

El videomensaje del Pontífice

Ejemplo y modelo para otras culturas



«La experiencia del rito congoleño de celebración de la misa puede servir de ejemplo y modelo para otras culturas». Lo dijo el Pontífice en el videomensaje con ocasión de la presentación del volumen *Papa Francisco y el «misal romano para las diócesis de Zaire»*.

Me alegro de poderme conectar con vosotros en este evento tan importante para la Iglesia en África. Gracias por darme la oportunidad de unirme a este evento de presen-

ca un volumen sobre el evento. El volumen está editado por Sor Rita Mboshu Kongo y tiene como subtítulo «Un rito prometedor para otras culturas». Precisamente este subtítulo indica la razón fundamental de esta publicación: un libro que es el testimonio de una celebración vivida con fe y alegría. El significado espiritual y eclesial y el propósito pastoral de la celebración eucarística en rito congoleño han sido la base de la redacción del volumen. Los principios de la necesidad de estudio científico, adaptación y participación activa en la liturgia, fuertemente deseados por el Concilio, han guiado a los autores de este volumen. Por ser el primer y único rito incultrado de la Iglesia Latina aprobado después del Concilio Vaticano ii, la experiencia del rito congoleño de celebración de la misa puede servir de ejemplo y modelo para otras culturas. Una de las contribuciones principales del Concilio Vaticano ii fue precisamente proponer normas para la adaptación al carácter y las tradiciones de varios pueblos. Os exhorto —como decía san Juan Pablo ii a los obispos del Congo en visita ad limina Apostolorum el 23 de abril de 1988— a que os comprometáis de la misma manera con



tación del volumen sobre el rito congoleño de la celebración de la misa. Un año después de la celebración de la misa en rito congoleño que presidí en la basílica de San Pedro, la Biblioteca Vaticana publi-

todo el conjunto del ritual de los sacramentos y los sacramentales que tenéis en mente para completar este rito. Recordemos lo que decíamos explícitamente en *Querida Amazonia*:

«Recoger en la liturgia muchos elementos propios de la experiencia de los indígenas en su íntimo contacto con la naturaleza y estimular expresiones autóctonas en cantos, danzas, ritos, gestos y símbolos. Ya el Concilio Vaticano ii había pedido este esfuerzo de incultración de la

El significado espiritual y eclesial y el propósito pastoral de la celebración eucarística en rito congoleño han sido la base de la redacción del volumen

liturgia en los pueblos indígenas, pero han pasado más de cincuenta años y hemos avanzado poco en esta línea» (n. 82). El rito congoleño de la celebración eucarística resalta los diferentes lenguajes, colores, movimientos del cuerpo, que interactúan entre sí, sirviéndose de todas las dimensiones de la personalidad de los fieles, teniendo siempre en cuenta los valores específicos de cada pueblo. Esta publicación, queridos hermanos y hermanas, nos recuerda que el verdadero protagonista del rito congoleño es el Pueblo de Dios que canta y alaba a Dios, el Dios de Jesucristo que nos salvó a todos.



Mensaje al patriarca ecuménico

El deber primario del diálogo

«El deber primario del diálogo» fue reafirmado por el Papa Francisco en su mensaje anual enviado a Bartolomé con ocasión de la festividad de san Andrés, patrón del Patriarcado ecuménico. El lunes, 30 de noviembre, el texto del Papa fue leído por el cardenal Kurt Koch, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad de los cristianos.

A SU SANTIDAD BARTOLOMÉ, ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA, PATRIARCA ECUMÉNICO

En la festividad del apóstol Andrés, querido hermano de san Pedro y patrono del Patriarcado Ecuménico, transmito con alegría mi cercanía espiritual a Su Santidad una vez más a través de la delegación. Me uno a usted para dar gracias a Dios por los ricos frutos de la divina Providencia que se manifiestan en la vida de san Andrés.

Asimismo, ruego que, por su poderosa intercesión, nuestro Señor, que lo llamó a estar entre sus primeros discípulos, bendiga abundantemente a Usted, a sus hermanos en el episcopado y a los miembros del Santo Sínodo, y a todo el clero, monjes y fieles laicos reunidos para la Divina Liturgia celebrada en la Iglesia Patriarcal de San Jorge en el Phanar. Recordar la caridad, el celo apostólico y la perseverancia de san Andrés es fuente de ánimo en estos tiempos difíciles y críticos. Dar gloria a Dios también fortalece nuestra fe y esperanza en Aquel que acogió en la vida eterna al santo mártir Andrés, cuya fe resistió en tiempos de prueba.

Recuerdo con gran alegría la presencia de Su Santidad en el encuentro internacional por la paz celebrado en Roma el 20 de octubre pasado, con la participación de representantes de varias Iglesias y otras tradiciones religiosas. Junto con los desafíos que plantea la actual pandemia, la guerra sigue afligiendo a muchas partes del mundo, mientras que nuevos conflictos armados surgen para robar la vida de innumerables hombres y mujeres. Sin duda, todas las iniciativas adoptadas por las entidades nacionales e internacionales destinadas a promover la paz son útiles y necesarias, pero los conflictos y la violencia nunca cesarán hasta que todas las personas alcancen una conciencia más profunda de que tienen una responsabilidad mutua como hermanos y hermanas. A la luz de esto, las iglesias cristianas, junto con otras tradiciones religiosas, tienen el deber primordial de ofrecer un ejemplo de diálogo, respeto mutuo y cooperación práctica.

Con profunda gratitud a Dios, he experimentado esta fraternidad de primera mano en los diversos encuentros que hemos compartido. A este respecto, reconozco que el deseo de una mayor cercanía y comprensión entre los cristianos se manifestó en el Patriarcado Ecuménico de Constantinopla antes de que la Iglesia Católica y otras Iglesias se comprometieran en el diálogo. Puede verse claramente en la carta encíclica del Santo Sínodo del Patriarcado Ecuménico dirigida a las Iglesias de todo el mundo hace exactamente cien años. En efecto, sus palabras siguen siendo válidas hoy en día: «Cuando las diversas Iglesias se inspiren en el amor y lo antepongan a todo lo demás en su juicio sobre los otros y en su relación con cada uno, podrán, en lugar de aumentar y ampliar las disensiones existentes, disminuirlas y reducirlas tanto como sea posible; y promoviendo un constante interés fraternal por la condición, la estabilidad y la prosperidad de las demás Iglesias, por su afán de observar lo que sucede en ellas y por obtener un conocimiento más exacto de ellas, y por su disposición a dar, siempre que se presente la ocasión, una mano de ayuda y asistencia, entonces harán y lograrán muchos bienes para la gloria y el provecho tanto de ellos mismos como de todo el cuerpo cristiano, y para el avance de la cuestión de la unión».

Podemos dar gracias a Dios de que las relaciones entre la Iglesia Católica y el Patriarcado Ecuménico han crecido mucho en el último siglo, incluso mientras seguimos anhelando el objetivo de la restauración de la plena comunión expresada a través de la participación en el mismo altar eucarístico. Aunque siguen existiendo obstáculos, confío en que caminando juntos en el amor mutuo y persiguiendo el diálogo teológico, alcanzaremos esa meta. Esta esperanza se basa en nuestra fe común en Jesucristo, enviado por Dios Padre para reunir a todas las personas en un solo cuerpo, y la piedra angular de la Iglesia una y santa, el templo santo de Dios, en el que todos somos piedras vivas, cada uno según su propio carisma particular o ministerio otorgado por el Espíritu Santo.

Con estos sentimientos, renuevo mis mejores deseos para la fiesta de san Andrés, e intercambio con Su Santidad un abrazo de paz en el Señor.

Roma, San Juan de Letrán, 30 de noviembre de 2020
Francisco